

LILY MURATI

EN este momento, actúa en Barcelona una actriz realmente deliciosa. Se llama Lily Murati. Cuando por nuestros escenarios pasa una mujer así, con elegancias de tanto calibre, es deber no silenciarlo. Resultaría absurdo encogerse de hombros o hacer oídos sordos, como quien no oye llover. Lily Murati nos trae de nuevo — digámoslo aprisa — un aire totalmente europeo. Y no de revuelta — a la moda última, como siempre anda el nuevo rico o el nuevo pobre — sino un poco a la moda penúltima, en



Lily Murati

ese sentido aristocrático de ayer, de armoniosa convivencia de los contrarios.

En su Europa, las aceras todavía estaban empedradas con buena educación. En lugar de sangre, corría champán — Tokay, para ser más exacto — por sus arterias. Ver actuar a Lily Murati es trasladarse, por arte de birlibirloque, a ese lejano mundo de anteguerra. El gesto duro de ahora, se trocá en amabilidades; las malas maneras, la vida incómoda, en cortesías; el puño cerrado, de amenaza, o la mano abierta, pero levantada, en un abrazo tibio, cordial que deie en nuestro hombro las trazas de un turbador perfume femenino. Un perfume punzante como espina que nos hiera con el recuerdo de tantos salones pasados a peor vida.

El teatro admite muchos géneros. Sólo nos obliga, en cada materia, a la exigencia continua de perfecciones. Como en la vida, hay horas para todo. Hay medianoches de amor y mañanas de pereza; segundos para el grito y minutos para la sonrisa. A la mujer, le sucede tres cuartos de lo mismo. Hay instantes que puede salir a la calle con traje sastre; otros, precisa, en cambio, la «grande robe» con escote sin restricciones ni cierres; ni siquiera en aquellos casos en que se trata de verdaderos restaurantes.

Deseemos únicamente que cada cosa tenga su medida. Me parecen admirables el drama o, mejor, la tragedia, en donde se disuelven aquellas componendas amigables; pero la comedia ligera, la farsa, también tienen sus justificantes. En la mesa de los elogios, ¿quién le negaría al Mozart de las «bodas», puesto de tanto honor como al Beethoven de la «novenas»? A Moreto, ¿por qué no colocarle al mismo nivel que a Ruiz de Alarcón? Lo que nos preocupa siempre son los arquetipos. Sin ningún género de duda, yo tengo por mucho más admirable el de Rosalinda que el de Desdémona.

La comedia superficial, pero brillante, cumple también cierta misión. La de distraernos de una realidad chata, gris, insoportable. En tal género, la actriz combina matices muy sutiles. Saca partido de las cosas más pequeñas, de lo más imperceptible, de nimiedades que en la vida pasarían de largo ante nosotros, sin que alcanzásemos a verlas. Un sentido profundo del equilibrio la ha de mantener, en la justa línea de la insinuación, sin caer nunca del lado de la caricatura.

Ahí está, en todo caso, el peligro.

De llegar a tal concesión, la comedia quedaría deformada. Se metamorfosearía en un juguete cómico o en el barato género del astracán. La comedianta debe inyectar a la vida del personaje un sentimiento muy fino, pero desorbitado, de la propia vida. Un no sé qué de burla amable y risueña que juegue con todos los arrumacos del amor y se adorne con todos los perifollos del desdén. La comedianta no se entrega jamás, pero hace ver, como las coquetas, que está a punto de la entrega; promete, pero lo retrasa graciosamente. En la espectacular vanidad del teatro, la actriz repasa, una a una, las galas de las más consumadas coqueterías. Entonces, el eterno femenino adquiere tonalidades caprichosas, efímeras si se quiere, como efímera es la vida de la rosa. Y no, por eso, deja de ser menos bella.

En Lily Murati tenemos una aguda percepción de esas categorías. Tal vez, «El dinero no da la felicidad», no sea la obra más apropiada para lucir su talento, al que recordamos con las perfecciones de «Un espíritu burlón». Pero, no importa. Posee en la comedia una gama extensa y variada que subraya las gracias del texto, con las que son suyas. Nos hace ver el encanto de lo artificial, con sólo disparar su traca de fuegos, tan artificiales. Su pirotecnia es vivísima, rutilante, luminosa. Es posible que, a la larga, descubramos un día, de sus hechizos, el secreto. Ahora, en este preciso momento, nos deslumbra, nos deja boquiabiertos, encantados por ese superficial sentimiento de la alegría y de la frivolidad.

El mismo la lleva al pleno dominio escénico. A su más completa exageración. Porque el teatro es eso: exageración de un punto de vista, en lo que éste ya tiene de exagerado, sea en lo cómico, sea en lo dramático. Y cuanto en la comedia puede decirse con la cura y el tipo, ella lo dice de una manera clara y contundente. Esa contundencia viene suavemente amortiguada por la gracia, ligera, alada, con que se planta en la escena y se ríe de todo: hasta de ella misma. En el realce de sus encantos femeninos, mantiene rápidos escamoteos de verdadera prestidigitación. Lily Murati nos hace ver aquello que no existe. Practica de continuo trampas maravillosas en la que hace desaparecer la realidad para darnos una realidad superior: la de la propia escena.

Si el teatro tiene mucho de juego de manos, de trampa prodigiosa en la que lo falso es más de verdad que lo verdadero, hemos de convenir en una sola cosa: en que Lily Murati es una magnífica, una adorable tramposa.